

Esquilo
LA ORESTÍADA 2:
LAS EUMÉNIDES

ARGUMENTO

Perseguido por las Erinnis llega Orestes a Delfos, desde donde, por consejo de Apolo, se encamina a Atenas y se acoge al templo de Atena. Favorécele la diosa; vence en juicio, y regresa a la ciudad de Argos, ya libre del todo. Las Erinnis se ablandan; vuélvense propicias y reciben el nombre de Euménides.

PERSONAJES DE LA ACCIÓN

ATENA.

APOLO.

LA PITONISA.

ORESTES.

EL ESPECTRO DE CLITEMNESTRA.

EL CORO DE LAS EUMENIDES.

La escena es en Delfos y Atenas. Exterior del templo de Delfos.

LA PITONISA

Vayan mis primeras preces, antes que a los demás Dioses, a Gea, la Adivinadora primera, y después a Temis, que recibió de su madre don profético, según se refiere. La tercera que moró en este santuario, por voluntad de Temis y propia inclinación, fue otra Titánide, hija de Gea, Febe. Recibiólo de ésta Febo al nacer, y llamósele así del nombre de Febe. Abandonado que hubo las lagunas y rocas Delias, llegó hasta las riberas de Palas, frecuentadas por los marinos, y llegó a este país del Parneso. Movidos a grande veneración, acompañáronle los hijos de Hefesto, abriéndole camino y allanando la salvaje comarca. Luego que llegó aquí, el pueblo entero y Delfos, que en esta tierra reinaba, recibieronle con grandes honores. Dióle Zeus el arte divino y le colocó el cuarto en el Trono profético. Intérprete es Loxias de su padre Zeus. Ante todo, invoco a estos Dioses. También a Palas, que ante las puertas está, invocan mis oraciones. Y saludo a las Ninfas, en la roca Coricia, hueca, frecuentada por las aves y visitada por los Dioses. Bromio habita este lugar, y no le olvido, en el cual, entregando a Pantes a la horda de las Bacantes, le dejó matar como a una liebre. Y también invoco a las fuentes del Plisto, y el poderío de Poseidón, y al máximo y altísimo Zeus, y me siento a profetizar en el Trono fatídico. ¡Ahora, concedan los Dioses a mis preces más de lo que nunca me han concedido! Si hay helenos aquí, adelántense, cómo es uso, en el orden señalado por la suerte, pues no pronostico sino de acuerdo con la voluntad de los Dioses. ¡Horrendas son de decir y de ver las cosas que acaban de arrojarme de la casa de Loxias! ¡Fáltanme las fuerzas; ni andar puedo ni tenerme en pie! Sin piernas, sobre las manos me arrastro. Nada es ya una vieja aterrorizada, menos que un niño... Entro en el santuario ornado de coronas, veo a un hombre sacrílego sentado en el ombligo del mundo, a un suplicante, con las manos manchadas de sangre, con una espada desenvainada y un ramo de olivo de las montañas envuelto en tiras de lana blanca. Todo claramente me lo explico. Ante ese hombre duerme un espantoso cortejo de mujeres sentadas en tronos.

No diré que son mujeres, sino, más bien, Gorgonas. Ni siquiera con las Gorgonas he de compararlas.

Una vez las he visto, pintadas, arrebatarse la comida de Fineo. Pero estas mujeres no tienen alas, son negras y horribles. Roncan con resoplido feroz, y sus ojos vierten lágrimas horribles y sus vestiduras son tales que nadie llevara otras semejantes ante las efigies de los Dioses o bajo el techo de los hombres. ¡Nunca vi raza semejante! Jamás tierra alguna pudo vanagloriarse de criar hijos tales, sin merecer lamentables calamidades. Mas el señor de este santuario, Loxias omnipotente, es el que ha de inquietarse por lo que va a pasar. Es adivino médico, intérprete de agüeros y purificador de moradas ajenas.

APOLO

No, no te traicionaré. Velaré siempre por ti a tu lado, o de lejos haré frente a tus enemigos. Ves ahora a las Furibundas presas del sueño. ¡Domadas por el sueño están las viejas y abominables doncellas, las antiguas vírgenes que no querría ni un Dios, ni un hombre, ni un bruto! Sólo para el mal nacieron. Pueblan las malas tinieblas y el Tártaro subterráneo, y son horror de los hombres y de los Dioses Olímpicos. Mas huye sin tardanza y no pierdas animal que van a perseguirte por todo el amplio continente, por dondequiera que te llevarán tus vagabundas correrías, al otro lado del mar y de las Islas.

No perezcas a tantas pruebas. Llega a la ciudad de Palas y abrázate a la imagen antigua de la Diosa. Allí encontraremos jueces a quienes persuadirán nuestras palabras y te

verás libre de tus miserias; porque yo soy quien te persuadí de matar a tu madre.

ORESTES

Rey Apolo, bien sabes tú ser justo. En verdad, tú lo sabes; no te olvides, pues, de tu suplicante.

Baste tu poder para salvarme.

APOLO

Acuérdate y no dejes que los temores dominen tu corazón. Y tú, hermano, de la misma sangre nacido, Hermes, vela por él. Sé digno de tu nombre, sé su conductor y protege a mi suplicante. Zeus mismo respeta el sagrado derecho que las leyes asignan a los suplicantes.

EL ESPECTRO DE CLITEMNESTRA (a las Erinnias que duermen). ¿Dormís? ¡Ea! ¿Para qué dormir? Olvidada por vosotros, sola entre todos los muertos, yo, que maté, voy errante por entre las sombras, detestada y cubierta de oprobio. Os lo digo, atormentada estoy por mi crimen, y yo, que tantos males espantosos he padecido por parte de los que me eran muy caros, no tengo Dios que se irrite y me defienda, aunque manos impías y parricidas me hayan degollado. ¡Mira estas llagas, míralas en espíritu! El espíritu, cuando dormimos, tiene ojos penetrantes. A la luz del día, menos visibles aparecen las cosas a los hombres. Pero vosotras os habéis saciado con las ofrendas de numerosos sacrificios; bebisteis las libaciones sin vino, de miel y de agua, y comisteis las refacciones sagradas dispuestas de noche, a la lumbre del hogar, en la hora que con ninguno de los demás Dioses compartís. ¡Y todo eso, viéndoos estoy hollarlo! Y él se escapa, huyendo como cervatillo, y mofándose de vosotras, ha saltado sin dificultad afuera de la red. Oid lo que os dice mi alma. ¡Despertad, Diosas subterráneas! ¡Soy yo, es el espectro de Clitemnestra quien os llama! (El coro de las Euménides ronca.) ¡Roncáis, y el hombre se escapa y huye lejos! ¡Sólo a mí no me escuchan los Dioses a quien suplico! (El coro de las Euménides ronca.) Harto dormís, y ninguna compasión tenéis de mis males. ¡Orestes, el asesino de su madre, ha escapado!

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

EL ESPECTRO DE CLITEMNESTRA

¿Gritas? ¿Duermes? ¿Por qué no te levantas sin tardar? ¿No es hacer sufrir tu destino?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

EL ESPECTRO DE CLITEMNESTRA

¡El sueño y la fatiga domaron el furor de estas horribles bestias!

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Oh! ¡Oh! ¡Allí! ¡allí! ¡Atájale! ¡Atájale! ¡Cuidado!

EL ESPECTRO DE CLITEMNESTRA

Persigues en sueños al bruto, y aúllas como perro que aun se cree en la pista. ¿Para qué? ¡Álzate! ¡No te dome la fatiga; mira el mal que ha causado tu sueño! ¡Que os llenen de dolor mis justas reconvenciones, pues la reconvención es aguijón para el discreto! ¡Espirad sobre él vuestro hálito sangriento, consumidle en el soplo inflamado de vuestras entrañas! ¡Corred! ¡Agotadle, sin cejar en la persecución!

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Despierta, despierta a ésta!-¡Despiértate!-¿Duermes?-¡En pie!-Despertémonos, y sacudido el sueño, vamos si hemos de acabar esto.

Estrofa I

¡Ay! ¡Ay! ¡Oh Dioses! ¡He aquí una desgracia grande, amigas! Ciertamente, muchos hemos trabajado en vano. ¡Ay, gran desdicha es ésta, desdicha insoportable! ¡La caza escapó de la red! ¡Dominadas por el sueño, perdimos nuestra presa!

Antistrofa I

¡Ay, hijo de Zeus, tú eres el ladrón! Dios mozo, has ultrajado a las Diosas ancianas al proteger a tu suplicante, al hombre funesto para quien le concibiera. ¡Tú, que eres Dios, nos arrancas al que mató a su madre! ¿Quién podrá tenerlo por justo?

Estrofa II

En sueños, he oído una reconvención. Háseme hincado por el costado, en el corazón, en el hígado!
Siento el golpe del flagelador, del terrible verdugo. ¡Hondísima abominación!

Antistrofa II

¡Así usan los Dioses más jóvenes que nosotras del poder sumo, y obran contra justicia en socorro de ese cuajarón de sangre que chorrea de la cabeza a los pies! ¡Consiéntese que el ombligo de la tierra cobije a ese impío manchado de sangre por espantoso asesinato!

Estrofa III

¡Adivino! ¡tú has mancillado tu propio santuario con la presencia de tal suplicante a quien tú mismo excitaste y llamaste, protegiendo así a los hombres contra la ley de los Dioses y ultrajando a las Moiras antiguas!

Antistrofa III

¡Me ha ultrajado el Dios, pero no ha de salvar a ese hombre, aun cuando se hundiese en la tierra, y nada le libraría! ¡Aun allí, ese suplicante manchado por el crimen hallaría otro vengador que cayese sobre su cabeza!

APOLO

¡Fuera de aquí! ¡lo mando! ¡Salid pronto de este templo! ¡Desapareced del Santuario fatídico, no sea que os envíe la sierpe de alas de plata que brota del arco de oro! ¡Entonces, de dolor, echaríais la negra espuma que de los hombres sacásteis, vomitaríais los cuajarones de sangre que lamísteis en los degüellos! ¡No os conviene acercaros a esta

mansión, sino que habéis de ir adonde se cortan cabezas, se sacan ojos, adonde hay torturas, suplicios, adonde se siegan los órganos de la generación, adonde gimen los lapidados y los empalados! ¡Esos gritos oís como si fuesen cantos de júbilo, y de ellos hacéis vuestras delicias, ¡oh, Diosas, de quienes los Dioses tienen horror! Allí será bien recibida vuestra horrible faz. El antro del león sediento de sangre debéis habitar, pero no mancillar el Santuario de los oráculos. ¡Id a vagar sin pastor por vuestros prados, que ningún Dios se cuida de tal rebaño!

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Rey Apolo, escúchame tú también! ¡No sólo eres cómplice de los crímenes que se han cometido, sino que tú solo lo hiciste todo y eres el mayor culpable!

APOLO

¡Cómo! Declara todo tu pensamiento.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Mandaste a tu huésped, por la voz de tu oráculo, que matara a su madre!

APOLO

Decidí que vengara a su padre. ¿Por qué no?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Y que le defenderías, luego de vertida la sangre.

APOLO

Y quise que, como suplicante, se refugiara en este templo.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Y nos ultrajas, porque hasta aquí le perseguimos!

APOLO

No os cumple acercaros a esta morada.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Oficio nuestro es.

APOLO

¿Qué oficio? ¡Decidme! ¿cuál es ese oficio ilustre?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Echamos de casa a los que dan muerte a su madre.

APOLO

¡Cómo! ¿Al que dio muerte a una mujer que degolló a su marido?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

La sangre que en sus manos ella vertió no era de su propia raza.

APOLO

¡Así es, menosprecias y reduces a nada las promesas de los esposos, consagradas por Hera nupcial y por Zeus! Así se ve Cipris, que da a los hombres sus goces más elevados, despojada de honores. El lecho que comparten marido y mujer, amparado por la Justicia, más sagrado es que un juramento. Si te muestras clemente cuando los esposos se degüellan entre sí, si ninguna expiación les pides ni los miras con cólera, digo que sin derecho persigues a Orestes. ¡Llena estás, en efecto, de clemencia para el primer crimen; y para éste, encendida te veo de cólera! Mas la divina Palas ha de juzgar de una y otra causa.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Nunca soltaré a ese hombre!

APOLO

Pues persíguele y acrecienta sus fatigas.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

No ofendas más con tus palabras los honores que se me deben.

APOLO

No los deseara yo, si tú me los ofrecieses.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Ciertamente, mayores son los tuyos y puedes sentarte junto al trono de Zeus. Yo —pues la sangre derramada de una madre pide venganza— perseguiré a ese hombre como lo haría una cazadora.

APOLO

Y yo defenderé y protegeré a mi suplicante, que fuera terrible para mí, entre los hombres y los dioses, la cólera del suplicante a quien hubiese voluntariamente entregado.

II

Exterior del templo de Atena Polías en la Aerópolis de Atenas.

ORESTES

Reina Atena, me llevo a ti, enviado por Loxias. Recibe benévola a un desdichado ya sin mancha, que expió su crimen, ha entrado luego en numerosas moradas y se ha purificado en otros templos. He cruzado tierras y mares, obediente a las órdenes que Loxias me dio por su oráculo, y vengo a tu morada y tu imagen, ¡oh Diosa! y en ella permaneceré, esperando a tu juicio.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Bien! ¡He aquí una huella manifiesta del hombre! ¡Sigue la ruta de este guía mudo! Como perro en la pista del cervatillo herido, siguiendo vamos a éste por las gotas de su sangre. ¡Cuánta fatiga a causa de este hombre! Tengo el pecho jadeante. En efecto, he pasado por todos los lugares de la tierra, sin alas he volado sobre el mar, persiguiéndole no menos rápida que su nave. Y ahora, ahí está, acurrucado en algún rincón. ¡El vaho de la

sangre humana me sonrío!... ¡Veamos! ¡sigamos viendo! ¡Miremos por doquiera, no sea que logre fugarse, impune, el asesino de su madre!... Nuevamente halló refugio; con sus brazos rodea la imagen de la Diosa ambrosiaca, pidiendo que se le juzgue por su crimen... Mas no ha de ser. ¡Oh, Dioses! la sangre de una madre, luego de vertida, es indeleble. Corre y el suelo la absorbe. Tienes que expiar tu crimen; he de beber en tu cuerpo vivo el rojo y horrible licor; y después de haberte agotado, te arrastraré bajo tierra, para que recibas castigo por el asesinato de tu madre. Y entonces verás a los que han ofendido a los hombres, o a los Dioses, o a su huésped, o despreciado a sus padres queridos, padecer cada cual justo castigo. Porque Hades es el sumo juez de los mortales, y de todo se acuerda, y todo bajo la tierra le ve.

ORESTES

Ciertamente, mis males me han enseñado y sé de purificaciones numerosas y cuándo se ha de hablar y cuándo se ha de callar. Un sabio maestro me ha enseñado lo que aquí he de decir. La sangre se ha adormecido, borrándose de mi mano, y la mancha del asesinato de mi madre ha desaparecido.

Reciente estaba aún, cuando en el altar del divino Febo fue quitada por las purificaciones luego de degollados los puercos expiatorios. Largo fuera de contar si hablase de todos los hombres a quienes me he acercado después sin que mi presencia les acarreará mal alguno. Todo lo destruye, al envejecer, el tiempo. Y ahora, con boca pura suplico a Atena, reina de este suelo, para que me dé ayuda. De tal suerte, sin combate, me tendrá, como a la tierra y población de los argivos, por fiel y devoto. Ya en los países libios, a orillas del Tritón su río natal, visible o invisible, preste ayuda a los que ama; ya en las llanuras de Flegra pase revista a su ejército, como jefe valeroso, ¡lléguese aquí! que un Dios oye a lo lejos; ¡y libérteme de mis males!

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Ni Apolo ni el poder de Atena te han de proteger. ¡Fuerza es que perezcas ignominiosamente, rechazado por todos, sin conocer ya la alegría de la mente, sin sangre ya, como vana sombra, pasto de los Demonios, sin poder contestar ni hablar, cebado para consagrarte a mí! No serás degollado en el altar. Oye este himno que te encadena: "¡Ea! ¡Cantemos en coro! Plácenos aullar el canto espantoso y decir los destinos que nuestro cortejo dispensa a los hombres. Mas de ser dispensadoras justas nos loamos. ¡Sobre el que eleva manos puras nunca se precipita nuestra cólera, y ha de pasar una vida sana y salva; mas aquel que hizo el mal, como este hombre, y esconde manos ensangrentadas, nos ve aparecer, incorruptibles testigos de los muertos, con fuerza y poder, y le hacemos pagar cara la sangre derramada!"

Estrofa I

¡Oh, madre! ¡oh, Noche, madre mía, que me engendraste para castigo de los que ya no ven y de los que ven todavía, óyeme! El hijo de Latona me priva de mis honores arrancándome la presa, este hombre que debe expiar el asesinato de su madre. ¡Dedícase a él este canto, locura, delirio, perturbador de la mente, himno de las Erinnis que encadena el alma, himno sin lira, espanto de los mortales!

Antistrofa I

La Moira omnipotente me ha dado el destino inmutable de perseguir a cuantos

hombres cometen crímenes, hasta que la tierra los cubra. Ni aun muerto, se ha de ver libre todavía ninguno. ¡Dedícase a él este canto, locura, delirio perturbador de la mente, himno de las Erinnis que encadena el alma, himno sin lira, espanto de los mortales!

Estrofa II

Cuando nacimos, este destino se nos impuso: no tocar a los Inmortales, no sentarse ninguna de nosotras a sus festines, y nunca llevar vestiduras blancas. Mas la desolación de las moradas nos pertenece, cuando un Ares doméstico hiere a un allegado. Nos precipitamos sobre él, por vigoroso que sea, y le aniquilamos desde el punto en que derramara sangre.

Antistrofa II

Me apresuro, y evito a quienquiera que sea tal cuidado, y mis imprecaciones permiten descanso a los Dioses. ¡No vuelvan ellos sobre mis juicios! Zeus, en efecto, rechaza lejos de sí una horda aborrecida y manchada de sangre. Yo salto violentamente y persigo con inevitable venganza a los que, huyendo lejos, laceran sus pies y sienten flaquear sus piernas.

Estrofa III

La gloria de los hombres, magníficamentealzada hasta el Urano, da en tierra manchada, a la vista de nuestras negras vestiduras y hollada por nuestro pisoteo furioso.

Antistrofa III

Y cuando cae, aquel que hiero, en su demencia, lo ignora. Envuélvele su crimen en tinieblas tales, que todos gimen al ver aquella nube sombría extenderse sobre su morada.

Estrofa IV

Así es. Omnipotentes e inevitables, piadosamente nos acordamos de todos los crímenes; implacables para los mortales, frecuentamos parajes hoscos y selváticos, alejados de los Dioses, no iluminados por la luz de Helios, inaccesibles a los vivos como a los muertos.

Antistrofa IV

Así, pues, ¿qué mortal no respeta y teme el poder que me dieron las Moiras y la voluntad de los Dioses? Honores antiguos poseo, y nadie me desdeñó jamás, aunque more yo bajo la tierra, en las tinieblas sin sol.

ATENA

De lejos he oído el clamar de una voz en las orillas del Escamandro, mientras me asentaba en aquella tierra, magnífica parte de los despojos conquistados que para siempre me consagrarán jefes y príncipes aqueos, don sin igual hecho a los hijos de Teseo. De allí he venido, en carrera infatigable, hinchando el centro de la Egida e irresistiblemente conducida en mi carro. He aquí en esta tierra una muchedumbre que desconozco. No me espanta, pero mis ojos se sorprenden. ¿Quiénes sois? A todos os lo pregunto, al extranjero sentado a los pies de mi imagen y a vosotras a quienes nunca vieron los Dioses entre las diosas ni figura humana tenéis. Mas ofender a otro sin razón no es justo ni equitativo.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Todo lo sabrás en pocas palabras, hija de Zeus. Somos las hijas de la negra Noche.
En nuestras moradas bajo la tierra llámannos Imprecaciones.

ATENA

Conozco vuestra raza y vuestro nombre.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Vas a saber cuáles son mis honores.

ATENA

Lo sabré cuando me lo hayas dicho claramente.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

De todas las moradas arrojamos a los asesinos.

ATENA

¿Y dónde cesa la huida del asesino?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

En un lugar donde toda alegría perece.

ATENA

¿Y eso es lo que a éste infliges?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Ciertamente, que se atrevió a matar a su madre.

ATENA

¿No le ha constreñido la violencia de alguna otra necesidad?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Qué violencia puede constreñir a matar a una madre?

ATENA

Dos sois aquí; uno solo ha hablado.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

No acepta él juramento ni quiere prestarlo.

ATENA

Prefieres la Justicia que habla a la que obra.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Cómo? Decláramelo, que sabiduría no te falta.

ATENA

Niego que un juramento baste para dar el triunfo a una causa injusta.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Pues examina mi causa y pronuncia justa sentencia.

ATENA

Así ¿me entregáis el juicio de la causa?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Por qué no? Digna te proclamamos de tal honor.

ATENA

Para tu defensa, extranjero, ¿qué tienes que alegar? Dime, ante todo, tu patria, tu raza y los acaecimientos de tu vida; luego rechazarás la acusación, si, empero; abrazaste la imagen de mi altar confiado en la justicia de tu causa, suplicante piadoso, como lo fuera Ixión. Contesta a todo, a fin de que pueda yo juzgar claramente.

ORESTES

Reina Atena, disiparé ante todo la extrema preocupación que revelan tus últimas palabras. No soy suplicante que nada expió, y mis manos no profanaron tu imagen. Buena prueba te daré de ello. Es ley que todo hombre manchado por un crimen permanezca mudo mientras no le haya purificado la sangre de un animal joven. De tal suerte, mucho tiempo ha que me purifiqué en otros lugares con sangre de víctimas y aguas lustrales. No debes, así, pues, tener tal temor. En cuanto a mi raza, pronto sabrás cuál es. Argivo soy, y harto conoces a mi padre, Agamenón, jefe de la flota de los hombres aqueos, por quien has derribado a Troya, la ciudad de Ilión. Vuelto a su casa, muerto fue, no con gloria, porque mi madre, tendiéndole lazos, le dio muerte después de haberlo envuelto en una red. En un baño le mató, y así lo ha confesado. Yo, dejando el destierro en que por mucho tiempo viví, maté a la que me concibió, no lo niego, castigando así el asesinato de mi padre carísimo. Pero Loxias comparte conmigo el crimen, pues me anunció que los males me abrumarían si no vengaba en los culpables la muerte de mi padre. Si bien o mal obré, juzga tú mi causa. En todo me someteré a lo que acuerdes.

ATENA

Harto grande es la causa para que la pueda juzgar hombre ninguno. Yo misma no puedo resolver en un asesinato producido por la violencia de la cólera: sobre todo, porque cometido el crimen, no has venido como suplicante a mi morada hasta estar purificado de toda mancha. Puesto que así expiaste el asesinato, he de reciberte en la ciudad. Empero no es fácil desechar la demanda de éstas. Si en esta causa se les arrebatase la victoria, derramarían al marcharse todo el veneno de su corazón en esta tierra, y el contagio había de ser incurable y eterno. No puedo sin iniquidad rechazar ni detener a ambas partes. Por último, ya que aquí ha venido esta causa, nombraré jueces ligados por juramento que juzguen en todos los tiempos que han de venir. En cuanto a vosotras, disponed testigos, pruebas e indicios que puedan venir en ayuda de vuestra causa. Luego de haber elegido a los mejores de entre los de mi Ciudad, volveré con ellos, para que decidan equitativamente acerca de esto, guardando así fidelidad a su juramento.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Estrofa I

Ved aquí ahora cómo se echa abajo la antigua Justicia con leyes nuevas, si la causa de este asesino de su madre saliere victoriosa. Todos los hombres se complacerán en semejante crimen, para obrar con manos impunes. ¡Calamidades innumerables en verdad han de amargar de hoy más a los padres por parte de sus hijos!

Antistrofa I

No habrá ya, en efecto, ojos flechados contra los hombres, ni cólera que persiga sus crímenes. Todo lo dejaré hacer. Todos sabrán, al gemir por los males que sus allegados les hagan padecer, que ya no hay descanso, ni remedio a tales miserias, ni refugio contra ellas, ni aun consuelos ilusorios.

Estrofa II

Nadie lance ya, cuando le agobie la desdicha, este grito: "¡Oh, Justicia! ¡oh, trono de las Erinnis!" ¡Pronto un padre o una madre, presa de reciente calamidad, gemirá con lamentos cuando se haya derrumbado la morada de la Justicia.

Antistrofa II

Seres existen a quienes el terror debe hostigar inexorablemente, como vigilante del espíritu.

Saludable es que la angustia enseñe cautela. Porque ¿quién, ciudad u hombre, si no tiene una luz viva en el corazón, honrará de aquí en adelante a la Justicia?

Estrofa III

No anheléis vida sin freno ni opresión. Entre una y otra han puesto los Dioses a la fuerza, ni más acá ni más allá. Con verdad lo digo: es la insolencia hija de la impiedad; mas de la sabiduría nace la felicidad, querida de todos y por todos amada.

Antistrofa III

Te recomiendo por encima de todo que honres el ara de la Justicia. No la derribes con el pie, deseoso de lucro. No se hace esperar el castigo, y siempre está en razón con el crimen. Respete cada cual a sus padres y dé acogida benévola a los huéspedes que se lleguen a su morada.

Estrofa IV

El que es justo sin verse constreñido a ello no ha de ser desdichado y no perecerá nunca en calamidades; mas el impío contumaz que todo lo confunde contra la Justicia, yo sé que ha de verse constreñido por la violencia cuando llegue la hora y que la tormenta le romperá las antenas, desgarrando sus velas.

Antistrofa IV

En medio del torbellino inevitable, invocará a los Dioses y no le oirán. Ríense los demonios del hombre orgulloso cuando le ven envuelto en inextricable ruina, sin que pueda nunca sobreponerse a su desgracia. Su prosperidad primera se ha roto por fin contra el escollo de la Justicia; ¡perece sin lágrimas y olvidado!

ATENA

¡Ea, heraldo, contén a la muchedumbre! Hinchida por un soplo viril, hínque la trompeta tirrena en los oídos un clamor sonoro y hable al pueblo. Callen todos, puesto que se ha reunido el Senado. Estos han de aplicar en adelante mis leyes en toda la Ciudad, y van a juzgar equitativamente esta causa.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Rey Apolo, manda en lo que es tuyo! ¿Estas cosas en qué te interesan? ¿Esto qué te importa?

Dímelo.

APOLO

Vengo a dar testimonio. Suplicante mío es este hombre, en mi mansión se sentó, y yo le purifiqué de este crimen; mas yo también tengo que ver en ello, puesto que le excité a matar a su madre. Da comienzo, tú, Atena, a la causa y abre la contienda.

ATENA

A vosotras os cumple hablar primero. Doy comienzo a la causa. El acusador ha de comenzar y exponer el asunto.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Muchas somos, en verdad, pero hablaremos brevemente. Respóndenos tú, palabra por palabra.

Dinos, ante todo: ¿has dado muerte a tu madre?

ORESTES

La maté, no lo niego.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

En esta lucha, mírate ya caído una vez por cada tres.

ORESTES

Antes de haberme derribado alardeas.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Sigue contestando. ¿Cómo la mataste?

ORESTES

Contesto: con mi mano le hundí esta espada en la garganta.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Quién te impulsó y aconsejó?

ORESTES

Los oráculos de este Dios. Él aquí lo atestigua.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿El Adivino te impulsó a matar a tu madre?

ORESTES

Hasta aquí no me arrepiento de ello.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Cuando se te condene de otro modo hablarás.

ORESTES

Tengo mis esperanzas. Mi padre me ayudará desde el fondo de la tumba.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡En muertos fías, tú que mataste a tu madre!

ORESTES

Manchada estaba por dos crímenes.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Cómo? Díselo a tus jueces.

ORESTES

Dio muerte a su marido y dio muerte a mi padre.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Vives, y ella, muriendo, expió su crimen.

ORESTES

Pero ¿cuando vivía la perseguisteis?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

No era de la sangre del hombre que mató.

ORESTES

¿Y yo era de la sangre de mi madre?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Cómo! ¿No te llevó bajo su cinto, matador de tu madre? ¿Renegarás de la sangre carísima de tu madre?

ORESTES

¡Sé testigo, Apolo! ¿No la maté legítimamente? Porque no niego que la maté. ¿Piensas que su sangre fue legítimamente derramada? Habla, para que se lo diga a éstos.

APOLO

¡He de hablaros, Jueces venerables instituidos por Atena! Soy el Adivino, y no he de engañar.

Nunca en mi trono fatídico dije de hombre, de mujer o de ciudad nada que Zeus, padre de los Olímpicos, no me haya mandado decir. Acordaos de tener mis palabras en lo que valen y de obedecer a la voluntad de mi padre. No hay juramento que sea superior a Zeus.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Zeus, por lo que dices, te había dictado el oráculo con el que mandaste a Orestes que vengase la muerte de su padre, sin respeto a su madre?

APOLO

No da lo mismo ver a una mujer degollar a un valiente honrado con el cetro, don de Zeus, y a quien no han traspasado las flechas lanzadas desde lejos, como las de las Amazonas. ¡Escúchame, Palas!

Escuchadme también vosotros, que venís a juzgar en esta causa. ¡Al volver de la guerra, de donde traía numerosos despojos, ella le recibió con palabras lisonjeras, y en el momento en que, habiéndose lavado, iba a salir del baño, le envolvió en amplio velo y le hirió, teniéndole inextricablemente impedido! Tal ha sido la suerte fatal de aquel hombre venerabilísimo, del Jefe de las naves. Digo que tal ha sido, para que la mente de los que juzgan en esta causa sienta la mordedura.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

A Zeus, según tus palabras, más le irrita el asesinato de un padre que el de una madre. Pero él mismo cargó de cadenas a su anciano padre Cronos. ¿Por qué no añadiste esto a lo que has dicho?

Vosotros, ya le oísteis; por testigos os tomo.

APOLO

¡Oh, alimañas, las más abominables de todas, aborrecidas por los Dioses! Pueden romperse cadenas; remedio hay para ello y medios innumerables para libertarse de ellas; pero cuando el polvo ha absorbido la sangre de un hombre muerto, ya no puede volverse a levantar. No ha enseñado mi padre encantamientos que lo consigan, él, que, por encima y por debajo de la tierra, manda y lo pone todo en movimiento, y cuyas fuerzas son siempre iguales.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Pero ¿cómo has de defender la inocencia de este hombre? ¡Mira! Después de haber vertido la sangre de su madre, su sangre propia, ¿podrá vivir en Argos en la casa de su padre? ¿En qué altares públicos sacrificará? ¿Qué fratria le dará lugar en sus libaciones?

APOLO

Esto diré, mira si hablo bien. No es la madre quien engendra al que se llama hijo suyo; no es ella sino la nodriza del germen reciente. El que obra es el que engendra. Recibe la madre el germen, y lo conserva, si place a los Dioses. He aquí la prueba de mis palabras: puede haber padre sin madre. La hija de Zeus Olímpico me sirve aquí de testimonio. No se ha nutrido en las tinieblas de la matriz, porque Diosa ninguna hubiera podido producir tal hija... Yo, Palas, entre otras cosas, engrandeceré tu ciudad y tu pueblo. He enviado a tu morada este suplicante, para que en todo tiempo esté consagrado a ti. ¡Acéptale por aliado,

¡oh, Diosa! a él y a sus descendientes, y guárdente éstos, eterna fe!

ATENA

A vosotros os cumple ahora dictar sentencia con justo sufragio, que harto dijo él.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Mi postrer flecha he lanzado, y espero la sentencia que decida.

ATENEA

¿Qué haré para que nada me echéis en cara?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Todo lo oísteis, extranjeros! Respetad lo que jurasteis y pronunciaos.

ATENA

Oíd aún la ley que fundo, pueblo del Ática, vosotros que sois los primeros jueces de la sangre vertida. Este tribunal, de aquí en adelante y por siempre, ha de juzgar al pueblo egeo. En esta colina de Ares, las Amazonas plantaron tiempo atrás sus tiendas, cuando, irritadas contra Teseo, sitiaron la Ciudad recién fundada y opusieron torres a sus altas torres. Hicieron aquí sacrificios a Ares, de donde viene este nombre de Areópago, la roca, la colina de Ares. Aquí, pues, respeto y temor han de estar siempre presentes, de día y de noche, a todos los ciudadanos, mientras ellos mismos se guarden de instituir nuevas leyes. Si mancháis una agua límpida con corrientes de lodo, ¿cómo podréis beberla?

Quisiera persuadir a los ciudadanos encargados de velar por la República para que eviten anarquía y tiranía, mas no renuncien a toda represión. ¿Qué hombre seguirá siendo justo, si a nada teme? Respetad, pues, la majestad de este tribunal, muralla libertadora de esta región y de esta Ciudad, y tal que no lo tiene nadie entre los hombres, ni los escitas, ni los de la tierra de Pélope. Instituyo este tribunal incorruptible, venerable y severo, guardián vigilante de esta tierra, aun durante el sueño de todos y se lo digo a los ciudadanos para que así sea desde este punto en lo porvenir. Ahora levantaos, y fieles a vuestro juramento, pronunciad la sentencia. He dicho.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Os aconsejo que no ultrajéis a nuestra compañía, terrible para esta tierra!

APOLO

¡Y yo os mando que respetéis mis oráculos, que son los de Zeus, y que no los hagáis impotentes!

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Te inquietas por una causa sangrienta que no te concierne. No has de dar más oráculos verídicos si insistes.

APOLO

¿Le faltó también a mi padre cautela cuando Ixión fue a suplicarle, después de haber cometido el primer crimen?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Puedes hablar; mas yo, si no se me hace justicia, he de ser terrible para esta tierra.

APOLO

Despreciada eres entre los Dioses nuevos y los antiguos. Triunfaré.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Así lo hiciste en las moradas de Feres. Persuadiste a las Moiras para que hiciesen inmortales a los hombres.

APOLO

¿No es justo socorrer al que nos honra, y sobre todo cuando nos pide ayuda?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Has ofendido a los Demonios antiguos, y con el vino has engañado a las Diosas viejas!

APOLO

Pronto estarás vencida y no vomitarás ya contra tus enemigos veneno inofensivo.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Joven Dios, ultrajas a las Diosas viejas! Mas espero al fin, sin que sepa aún si he de irritarme o no contra esta Ciudad.

ATENA

Yo debo pronunciarme en último término. Daré mi sufragio a Orestes. No tengo madre que me haya concebido. En todo y dondequiera favorezco totalmente al varón, mas no hasta las nupcias.

Ciertamente, por el padre estoy. Así, poco me importa la mujer que mató a su marido, jefe de la casa.

Vencedor es Orestes, aun cuando los sufragios sean iguales por ambas partes. Así, pues, vosotros, los que tal oficio tenéis, sacad presto los guijarros de las urnas.

ORESTES

¡Oh, Febo Apolo! ¿Cómo se juzgará esta causa?

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Oh, Noche negra, madre mía! ¿ves esto?

ORESTES

¡Ahora, la cuerda me acabará, o he de ver de nuevo la luz!

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Envilecidas quedaremos o hemos de conservar nuestros honores.

APOLO

¡Contad bien los guijarros, extranjeros! Respetad la justicia y no os engañéis. Si un

solo voto se olvida, gran desdicha será. ¡Un sufragio solo puede levantar una casa!

ATENA

Absuelto queda este hombre de la acusación de asesinato; los sufragios están en igual número por ambas partes.

ORESTES

¡Oh, Palas, has salvado mi casa, me has devuelto a la tierra patria, de donde estuve desterrado!

Todos los helenos dirán: Este hombre argivo restaurado se ve por fin en los bienes paternos, por merced de Palas y Loxias, y asimismo de aquel que todo lo cumple y me ha salvado, movido a compasión por el destino fatal de mi padre, cuando ha visto a estas vengadoras de mi madre. Por lo que a mi concierne, al volverme a mi casa me ligo a esta tierra y al pueblo tuyo con un juramento: jamás, en el correr de los tiempos, ningún rey de Argos ha de entrar lanza en mano en el suelo ático. Ciertamente, yo mismo, encerrado entonces en la tumba, heriré con castigo inevitable a los que violasen el juramento que hago.

Triste y desgraciado, les tomaré el camino y haré que se arrepientan de su acción. Pero si los argivos guardan la fe que juro a la ciudad de Palas, si luchan siempre con ella, siempre he de serles benévolo. ¡Salve, oh tú, Palas! ¡Y tú, pueblo de la ciudad! ¡Que siempre deshagáis inevitablemente a vuestros enemigos! ¡Que siempre vuestras armas se salven y por siempre sean victoriosas!

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Ah, Dioses nuevos, habéis hollado las Leyes antiguas y me habéis arrancado de las manos a ese hombre! Y yo, cubierta de oprobio, menospreciada, miserable, encendida en cólera, ¡oh, dolor! voy a derramar gota a gota en el suelo el veneno de mi corazón, terrible para esta tierra. ¡Ni hojas, ni fecundidad! ¡Oh Justicia, pon, al precipitarte sobre esta tierra, en todas partes, la mancha del mal! ¿He de gemir? ¿qué será de mí? ¿qué haré? ¡Padezco dolores que han de ser funestos para los atenienses!

Las desgraciadas hijas de la Noche están gravemente ofendidas; ¡gimen por la vergüenza que las cubre!

ATENA

Oídme, no gimáis tan profundamente. No estáis vencidas. Juzgada fue la causa por sufragios iguales y sin ofensa para vosotras; pero manifiestos han sido los testimonios de la voluntad de Zeus. Él mismo ha dictado este oráculo: que Orestes, por haber cometido el crimen, no debía sufrir castigo. No enviéis, así, pues, a esta tierra vuestra terrible cólera; no os irritéis, ni la condenéis a esterilidad, vertiendo en ella gota a gota la baba de los Demonios, roedora implacable de simientes. Yo, por mi parte, os hago la sagrada promesa de que hallaréis aquí moradas, templos y altares ornados con ofrendas espléndidas, y de que habéis de ser grandemente honradas por los atenienses.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Ah, Dioses nuevos, habéis hollado las Leyes antiguas y me habéis arrancado de las manos a ese hombre! Y yo, cubierta de oprobio, menospreciada, miserable, encendida en cólera, ¡oh, dolor! voy a derramar gota a gota en el suelo el veneno de mi corazón, terrible

para esta tierra. ¡Ni hojas, ni fecundidad! ¡Oh Justicia, pon, al precipitarte sobre esta tierra en todas partes, la mancha del mal! ¿He de gemir? ¿qué será de mí? ¿qué haré? ¡Padezco dolores que han de ser funestos para los atenienses! Las desgraciadas Hijas de la Noche están gravemente ofendidas; lloran por la vergüenza que las oprime!

ATENA

No se os despoja de vuestros honores, y no volveréis. Diosas irritadas, en lo amargo de vuestra cólera, estéril la tierra a los hombres. ¿No estoy yo segura de Zeus? Mas ¿para qué necesito palabras?

Yo sola entre los Dioses conozco las llaves de las moradas en que el rayo se encierra. Empero, de nada me sirve el rayo. Me has de obedecer, sin lanzar a la tierra las maldiciones funestas que acarrearán la destrucción de todo. Calma la violenta cólera de las negras oleadas de tu corazón, y vivirás conmigo, y piadosamente te honrarán como a mí. Las ricas primicias de este país te serán ofrecidas, en los sacrificios, por concepciones y nupcias, y, en adelante, habrás de agradecerme mis palabras.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Pasar yo por eso! ¡Yo, la antigua Sabiduría, vivir menospreciada en la tierra! ¡Oh, vergüenza! ¡Cólera y violencia respiro! ¡Ay! ¡Oh, Dioses! ¡Oh, tierra! ¡Oh, dolor! qué angustia me invade el pecho! ¡Oye mi cólera, Noche, madre mía! ¡Los engaños de los dioses me han quitado mis honores antiguos, reduciéndome a la nada!

ATENA

Te perdono tu cólera, pues más años tienes que yo y mayor sabiduría posees, pero también Zeus me ha dado alguna inteligencia. A otra tierra no vayáis, que echaríais ésta de menos. Os lo predigo. El correr de los tiempos traerá honores cada vez más altos a los habitantes de mi ciudad, y tú tendrás gloriosa morada en el recinto de Erecteo, y serás aquí, en los días consagrados, venerada de hombres y mujeres, más de lo que en otra parte pudieras serlo. No derrames, pues, en mi mansión el veneno roedor de tus entrañas, funesta en las concepciones, y encendida en rabia que el vino no excitó. No inspires discordia a los habitantes de mi ciudad, y no sean como gallos que entre sí se destrozan. No emprendan sino guerras extranjeras y no muy lejanas, por las que se despierta el grande amor de la gloria, que las peleas de aves domésticas me dan horror. Te conviene aceptar lo que te ofrezco, para que, siendo benévola, te veas colmada de bienes y honores y poseas tu parte de esta tierra amadísima de los Dioses.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¡Pasar yo por eso! ¡Yo, la antigua Sabiduría, vivir menospreciada, en la tierra! ¡Oh, vergüenza! ¡Cólera y violencia respiro! ¡Ay! ¡Oh, Dioses! ¡Oh, tierra! ¡Oh, dolor! ¡Qué angustia me invade el pecho! ¡Oye mi cólera, Noche, madre mía! ¡Los engaños de los Dioses me han quitado mis honores antiguos, reduciéndome a la nada!

ATENA

No me cansaré de aconsejarte lo que sea mejor, para que nunca digas que tú, antigua Diosa, fuiste despojada de tus honores y vergonzosamente arrojada de esta tierra por una Diosa más joven que tú y por el pueblo que mora en esta ciudad. Si la persuasión sagrada es venerable para ti, si la suavidad de mis palabras te aquieta, en este lugar has de quedarte;

mas si no quieres permanecer aquí, no has de lanzar tu furor injusto contra esta Ciudad y no has de causar la ruina del pueblo, porque se te permite morar en esta tierra feliz y gozar en todo tiempo de honores legítimos.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Reina Atena, ¿qué casa he de ocupar?

ATENA

Una morada al abrigo de todo agravio. Pero acepta.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Acepto ¿Y cuáles serán mis honores?

ATENA

Sin ti, no habrá casa que tenga dichosa fortuna.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Y lograrás tú que tal poder me sea dado?

ATENA

Ciertamente, haré que prospere quien te honre.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Y tal promesa siempre ha de verse cumplida?

ATENA

Podía no haber prometido lo que no hubiera de cumplir.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Sosegada estoy; rechazo mi cólera.

ATENA

Por ello, en esta tierra, no tendrás sino amigos.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

¿Qué me mandas impetrar para esta tierra?

ATENA

¡Todo lo que es consecuencia de una victoria sin mancilla, cuanto producen la tierra y las olas del mar, cuanto viene del Urano, cuanto traen los soplos de los vientos! ¡Auméntense aquí los frutos de la tierra y los rebaños al calor propicio de Helios! Sean por siempre felices y prósperos los ciudadanos y sana y salva la niñez! Aniquila más inexorablemente aún a los impíos. Como pastor de plantas, amo a la raza de los hombres justos. Tales han de ser tus preocupaciones. Yo, en lo que toca a la gloria de los combates guerreros, haré a esta Ciudad ilustre entre los mortales.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Estrofa I

Habitar quiero con Palas y no desdeñaré esta Ciudad, asilo de Dioses, honrada por Zeus omnipotente y por Ares, muralla de Demonios, que protege las aras de los helenos. Deséole, con predicciones benévolas, frutos abundantes, útiles para la vida, que en la tierra germinan a la luz brillante de Helios.

ATENA

Con gozo lo hago por los atenienses. He retenido en esta Ciudad a grandes e implacables Dioses. Se les ha concedido, en efecto, que dispongan cuanto concierne a los hombres. Nada sabe de los males que asuelan la vida, aquel contra quien nunca se irritaron aún. Los crímenes de los antepasados se lo entregan. La destrucción silenciosa le aniquila, pese a sus gritos.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Antistrofa I

¡No marchite un hálito funesto los árboles! Tal es mi deseo. ¡No sequen los ardores de Helios el germen de las plantas, y no hagan abortar los retoños! ¡Apártese la esterilidad malvada! ¡Paran las siempre fecundas ovejas, preñadas con doble cría, en el tiempo marcado! ¡Honre el pueblo rico de los bienes abundantes de la tierra los presentes de los Dioses!

ATENA

¿Oís, guardadores de la Ciudad, esos felices anhelos? Poderosísima en efecto es la venerable Erinnis, cerca de los Inmortales y de los Dioses subterráneos. Manifiestamente y con sumo poder ordenan el destino de los hombres. Conceden a los unos cantos de alegría y a los otros les imponen una existencia entristecida por el llanto.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Estrofa II

Rechazo la mala fortuna que hiere a los hombres antes de tiempo. Conceded a las vírgenes amadas el esposo que desean, ¡oh Diosas! hermanas de las Moiras, las que tenéis tal poder, justos Demonios que frecuentáis cada mansión, en todo tiempo presentes, y que, por equidad vuestra, sois en todas partes los Dioses más honrados.

ATENA

Me regocija el oír vuestros anhelos benévolos por la tierra que amo. Loores a la Persuasión de suave mirar que dirigió mi lengua y mis palabras mientras ellas se negabanduramente a escuchar. Zeus, que preside el ágora, ha prevalecido, y nuestra causa, la causa de los justos, quedó victoriosa.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Antistrofa II

¡Jamás se estremezca en la Ciudad la discordia, insaciable de males! Tal es mi deseo. ¡Jamás absorba el polvo la sangre negra de los ciudadanos! ¡Jamás aquí venga el crimen al crimen! No tengan los ciudadanos más que una misma voluntad, un mismo amor y un odio mismo. Tal es el remedio de todos los males entre los hombres.

ATENA

¿Luego hallaste el camino de las palabras benévolas? Preveo que los habitantes de mi Ciudad han de hallar gran ayuda en estos Espectros terribles. ¡Amad siempre a estas Diosas que se os muestran benévolas, ofrecedles grandes honores, y esta tierra y Ciudad han de ser por siempre ilustres, pues la equidad las asiste.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Estrofa III

¡Salve! ¡sed dichosos y ricos! ¡Salve, pueblo ateniense, sentado junto a las aras de Zeus, amigos de la Virgen que os ama, y llenos siempre de sabiduría! Los que moran bajo las alas de Palas respetados son por su padre.

ATENA

También yo os saludo. Abriré el camino para mostraros vuestras moradas. Id, a la luz sagrada de las antorchas de los que os acompañan, a través de los sacrificios ofrecidos; penetrad en la tierra, para contener a la desgracia lejos de este suelo y enviar a la Ciudad la prosperidad y la victoria. Los que moráis en esta Ciudad, hijos de Cranao, acompañadlas, y acuérdense siempre de su benevolencia los ciudadanos.

CORO DE LAS EUMÉNIDES

Antistrofa III

¡Salve, salve! ¡Otra vez os saludo a cuantos aquí estáis. ¡Demonios y mortales, habitantes de la Ciudad de Palas! Respetad mi hogar y nunca tendréis que acusar a los azares de la vida.

ATENA

Alégranme vuestras palabras y vuestras oraciones, y he de enviar el resplandor de las antorchas llameantes a las mansiones subterráneas, con los guardianes de mi santuario, según el rito. ¡Lléguese aquí la flor de toda la tierra de Teseo, el brillante cortejo de doncellas y las mujeres y las madres ancianas! ¡Revestíos con trajes purpúreos para honrar a estas Diosas, y preceda la claridad de las antorchas para que esta muchedumbre divina, benévola siempre a esta tierra, la haga ilustre por siempre jamás para que los suyos prosperen!

EL CORTEJO

¡Entrad en vuestra morada, grandes y venerables Hijas de la Noche, Diosas estériles, entre un respetuoso cortejo!... ¡Invoquémoslas a todas!... ¡En los retiros subterráneos seréis colmadas de honores y sacrificios!... ¡Invoquémoslas a todas!... ¡Propicias y benévolas a esta tierra, venid, ¡oh, Venerables! ¡Iluminadas por las antorchas flameantes! ¡Ahora, cantemos en marcha!... Libaciones y antorchas brillantes han de abundar en vuestras moradas. Zeus que todo lo ve y las Moiras han de mostrarse siempre propicias al pueblo de Palas. ¡Ahora, cantemos!

FIN DE LAS EUMENIDES.